

## NECROLOGIA

---

### A Propósito de la muerte del Ilustre Biólogo Turró

---

POR EL DR. JOSE JOAQUIN IZQUIERDO

El 5 de los corrientes ha muerto en Barcelona el sabio médico catalán Ramón Turró.

Si grande fué la impresión que me causó leer la noticia de la muerte de Turró y honda mi condolencia por tratarse de la desaparición de un cerebro tan vigoroso, nunca llegaron a igualar la sorpresa que me causó saber que moría a los 72 años; vigor y frescura tanta había encontrado en sus ideas y sus escritos, que me lo imaginaba joven todavía y en el período de su madurez más espléndida. De todos modos no debo haberme equivocado, y su espíritu debe haberse conservado hasta el último siempre joven y fuerte, como lo atestiguan sus obras, aún las más recientes, a despecho de los ultrajes con que los años y la enfermedad acabaron por derribarlo y hacerlo bajar a la tumba.

Que estas breves líneas de admiración y veneración al ilustre maestro, sirvan para consagrar una ofrenda más a su memoria, cumpliendo así con el deber a que me siento obligado como Miembro de la Sociedad de Biología de Barcelona, de la que era muy digno Presidente. Bastará para ello bosquejar siquiera sea brevemente los destellos brillantes que constituyeron su carrera.

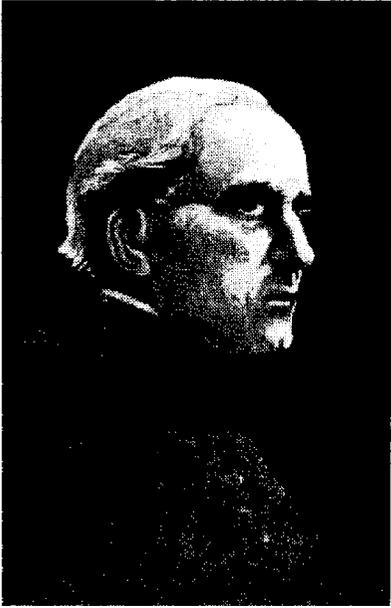
Los primeros trabajos de Turró fueron literarios y se publicaron en Barcelona en 1878 en un libro intitulado: «Composiciones literarias».

Siendo ya licenciado en filosofía y casi médico, sin llegar a serlo, por temor al rigorismo de los exámenes de Valentí y Vivó, se hizo veterinario en Santiago, por consejo del doctor Jaime Pí y Suñer.

Privaba a la sazón en España un empirismo acaparador y Letamendi, que era entonces el hombre del día, haciendo burla de la escuela de Claudio Bernard, recomendaba a los médicos, entre otras cosas, que huyeran del

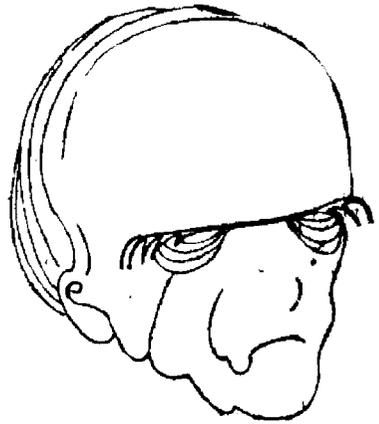
GACETA MEDICA DE MEXICO

TOMO LVII. -- 1926



*DR. RAMÓN TURRÓ*

† 5 de junio de 1926



*DR. RAMÓN TURRÓ.*

*por Bogaria.*

laboratorio. Armado Turró con el látigo de la verdad única para llegar a la ciencia, que es el método experimental, fustigó al verbalismo letamendiano y le venció para que no volviera a levantarse ya más, en una serie de artículos publicados en «El Siglo Médico», de 1879 a 1880. Fué su primer brillante triunfo.

Sus rasgos indudables de maestro eminente, ya desde entonces empezaron a agrupar a su derredor a una primera legión de discípulos de los que habían de salir los primeros investigadores que habían de originar la brillante cultura biológica que florece en Cataluña en nuestros días. Ya desde entonces, se le veía preocupado, no solo por inculcar sino por apegar sus propios trabajos a los más estrictos principios de la metodología bernardiana, repitiendo a cada momento. «No puede admitirse como real, más que lo que ha podido ser demostrado experimentalmente» y por lo tanto: «No hay más que una clase de ciencia, que es la experimental».

Augusto Pi y Suñer, uno de sus más distinguidos discípulos, nos pinta este interesante aspecto de Turró, diciendo, que era el tipo del profesor práctico: elocuente sin proponérselo y conversador incomparable cuando lo encendía la pasión o lo ablandaba el sentimiento. Pero sin saber hacer discursos para enseñar, mostraba las cosas y exponía los conceptos del modo más sencillo que podía.

Siendo ya bacteriólogo, sus primeras aficiones, después de las filosóficas, fueron para la Fisiología. En 1880 publicó su libro sobre «El mecanismo de la tensión arterial», consignando en él con verdadera intuición ideas sobre el tono arterial y sobre el papel de la vasomotricidad en la dinámica circulatoria, que otros investigadores no habían de venir a repetir sino hasta mucho después. Los inteligentes de París acogieron la obra con admiración y Jules Robert la tradujo al francés y la publicó tres años más tarde, cuando en Madrid y Barcelona aún no paraban mientes en ella.

Las doctrinas de la inmunidad le preocuparon desde muy temprano: Precisamente cuando Erlich escribía «Corpora non agunt nisi fixata», Turró escribía sobre las paredes de su laboratorio «Corpora non agunt nisi soluta» y sostenía que las diastasis, disueltas en los humores y procedentes de las actividades celulares, son las que defienden al organismo contra las infecciones. La ciencia de la inmunidad de aquel entonces, trataba de explicar el proceso por la intervención de sustancias de las que no se conocía más que el nombre arbitrario; Turró las declaró cosa puramente metafísica y verbal y con su profundo sentido fisiológico y filosófico, se dedicó a buscar una explicación de los fenómenos defensivos, no por medio de palabras, sino por medio de mecanismos. Descubrió en 1902 las bacteriolisinas de los jugos orgánicos y asociado a Pi y Suñer se dedicó más adelante (1905) a demostrar sus acciones, sosteniendo la tesis de que la acción

enzimática celular es un fenómeno de adaptación de la fórmula de los fermentos a la calidad de los materiales por elaborar; un caso particular de adaptación de funciones, perfectamente comparable al del que se pone en juego cuando el quimismo gástrico se adapta a la naturaleza de los vulgares alimentos cotidianos, según lo ha demostrado la escuela de Pawlow. Tenía razón: los procesos inmunizantes han quedado incorporados a la Fisiología y en nuestros días ya nadie pone en duda que sean una misma cosa inmunidad y nutrición, ni hay quien crea que hay diferencias fundamentales entre las diastasas que digieren una célula y las que digieren un microbio. El cuerpo de doctrina de Turró sobre la inmunidad, puede considerarse como mejor condensado en su conferencia a la Real Academia de Medicina de Barcelona. «Los fermentos defensivos de la inmunidad natural y adquirida» (1916) que ha sido reeditada varias veces. El triunfo que alcanzó al combatir victoriosamente la epidemia de fiebre tifoidea de 1914, tan pronto como se llevaron a cabo sus consejos, es otro galardón que hay que agregar a sus méritos.

Sus aficiones lo volvieron a llevar nuevamente, no sólo hacia el campo de la fisiología, sino también al de la psicología, en cuyos terrenos se había iniciado desde 1883, al publicar su libro «La génesis psicológica del dolor y del placer». Fué en seguida cuando empezó a dar a luz una serie de concepciones que habfan de llevarlo a una de sus tesis más interesantes: la de la *conciencia trófica*, adelantándose así a la mayor parte de los médicos y filósofos de fines del siglo pasado y principios de este, que todavía bajo la enorme influencia de Bichat consideraban lo psíquico como enteramente opuesto a lo fisiológico; que una cosa era la vida animal y otro el pensamiento y que el viejo *motto* aristotélico de «*Nihil est in intellectu que prior non fuerit in sensu*» seguía expresando fielmente que la razón no tenía más fuentes que los datos de los órganos de los sentidos.

Meditando Turró acerca de los hechos observados por Pawlow, de que la calidad y cantidad de los jugos digestivos se adaptan a la diferente composición de los alimentos, llegó a la convicción de que los procesos del metabolismo en general, también podrían ser regulados de modo análogo, siempre que los tejidos poseyesen una sensibilidad especial, susceptible de ser estimulada por las variaciones de su composición química o del medio que los baña.

A diferencia de los sentidos externos que son casi siempre conmovidos por estímulos físicos, las excitaciones internas resultarían más bien de la ausencia de ciertos productos o de la presencia de otros que serían los determinantes de sentimientos tróficos defectivos como el hambre, la sed, el ansia respiratoria, el sueño, el apetito sexual, etc.

Por lo tanto, el origen del hambre residiría, según Turró, en los tejidos

empobrecidos en materiales, y si es una sensación tan compleja, es precisamente porque puede resultar de una multitud de variaciones particulares, correspondientes a diferentes sistemas de cambios del organismo, que según su naturaleza podrían dar lugar por separado a las hambres especiales de agua (sed), sales, hidratos de carbono, grasas o proteínas.

Estas incitaciones químicas de los tejidos en primer lugar darían por resultado reflejos reguladores de la composición de los plasmas orgánicos, como lo demuestra el reflejo glicemiante de Pí y Suñer. Pero según Turró, no sería todo: de la inmensa y tupida maraña de lo inconsciente, de la asociación del conjunto de todos los sentimientos internos, de ordinario borrosos e indistintos, iría surgiendo y constituyéndose poco a poco lo que llamaba la *experiencia trófica*, cuyos datos al fin llegarían hasta los centros superiores e ingresarían en la conciencia, provocando, cuando equilibrados, la sensación de euforia y demás sensaciones cenestésicas. De ahí brotarían las nociones más elementales del «yo» y del «no yo» que servirían como punto de partida de lo psíquico para llegar al conocimiento de la propia existencia y del mundo exterior. Y así como el hambre, según sus propias palabras, «es en la esfera de lo psíquico, lo que el efecto trófico regulador del metabolismo en la vegetativa», la parte que la vida vegetativa, con sus estímulos innúmeros y continuados toma en los estados psíquicos, sería análoga a la influencia ya conocida con antelación por todos, de lo psíquico sobre lo orgánico.

Que sus datos, no por inconscientes, dejan de ser los primitivos y fundamentales de la psicogenia, lo prueban la flogenia y la ontogenia, que nos enseñan que los organismos sienten la inquietud trófica mucho antes que pueda hablarse de que existe en ellos una conciencia, como la captación de alimentos, que es su primera modalidad de reacción frente al mundo exterior. Antes que por la percepción externa, las cosas se percibirían primero por sus efectos sobre la nutrición, como en el niño, que trata de nutrirse desde mucho antes de haberse iniciado a la vida psíquica, y solo muy tardíamente llega a saber que lo que le satisface se denota a sus ojos por cierta impresión visual, a su gusto por cierto sabor y por otras notas análogas a los demás órganos de los sentidos.

Los primeros escalones de la vida del intelecto, estarían formados por lo nutritivo, (el deseo sexual y los otros efectos de orden químico o humoral), después se añadirían nuevos factores, de donde resultarían sentimientos más complejos que culminarían en la jerarquía más alta de la actividad mental más conspicua.

Esta interesantísima tesis de sus más recientes trabajos, encaja por lo demás perfectamente dentro del movimiento científico contemporáneo de la psicología que acercándose cada vez más a la fisiología va a buscar la

génesis de los fenómenos en lo más profundo de lo orgánico vegetativo.

La obra filosófica de Turró, vino a ser, como en otros muchos sabios, el coronamiento de la vida científica del hombre que se ha ido elevando. Así que, cuando Turró se sintió colmado de años y con la inteligencia repleta de los suficientes conocimientos fundamentales, se sintió también filósofo y se lanzó al campo de las especulaciones.

Puede decirse que la principal característica de su obra en su aversión al subjetivismo y que donde se la puede encontrar reflejada con más fidelidad, es en su obra «Los orígenes del conocimiento», publicada en Barcelona en 1912, en Madrid en 1914, y después traducida al alemán y al francés. No es menos notable su escrito sobre la filosofía crítica (1917).

La muerte, siempre importuna, ha venido a arrebatarlo cuando a pesar de su edad se encontraba en pleno vigor y acariciaba la realización de nuevos trabajos. No mucho antes de su muerte, su gran ilusión era no morir sin haber llegado a demostrar con las pruebas experimentales más objetivas, su tesis sobre el origen del hombre y de la sed. La muerte lo sorprendió escribiendo un libro sobre el equilibrio, tras del cual se proponía otros dos más sobre el sentido del tacto y el método objetivo.

México, junio de 1926.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read "J. J. Turró". The signature is written in a cursive, flowing style with a long horizontal line extending to the left and right.